

Acto 25 de Mayo – 2019

En 2010, con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo, se reunió un grupo de historiadores especializados en los estudios sobre el período revolucionario para hacer un balance sobre los nuevos temas y perspectivas que, en las últimas décadas, modificaron sustancialmente los conocimientos sobre esta fecha fundadora.

Si tradicionalmente la historia escolar nos enseñaba que la Revolución de Mayo había sido el producto de la maduración de una nación argentina que había logrado liberarse de su opresor español, los historiadores pusieron en duda esta interpretación y comenzaron a preguntarse hasta qué punto una identidad nacional preexistente había ejercido su influencia, sobre todo teniendo en cuenta que la Revolución abrió un período de guerras civiles en el territorio del ex Virreinato del Río de la Plata y que el nuevo Estado soberano que supuestamente vendría a reemplazar al viejo orden monárquico tardó al menos cincuenta años en consolidarse.

Nos gustaría, entonces, retomar algunos puntos de la reflexión realizada por este grupo de historiadores, ya que consideramos que la Historia es un proceso que debe aprenderse y reaprenderse constantemente.

En primer lugar, la historia de la Revolución de Mayo tiene que ser estudiada en relación con otros procesos revolucionarios americanos. El 25 de mayo de 1810 no fue un fenómeno meramente porteño, sino que se desarrolló en relación con otros eventos del contexto atlántico y americano. Esto significa que nuestra Revolución encuentra precedentes históricos en otros procesos, como la invasión napoleónica a la Península Ibérica o la Revolución Norteamericana en 1776. Esta perspectiva permite comprender el mundo atlántico como una unidad histórica, permitiéndonos trascender los límites de las historiografías nacionales sin dejar de lado las particularidades de cada caso nacional o regional y, con ellas, la riqueza de la comparación de las similitudes y diferencias entre cada uno de esos casos.

De esta manera, la dimensión atlántica nos conducirá a pensar los distintos procesos de una manera integradora que incorpore la tradición anglosajona y la tradición ibérica. En este sentido, la particularidad de las “revoluciones atlánticas” reside en el hecho de que todas condujeron a la Independencia.

Por otra parte, la investigación histórica de los últimos años ha incorporado al relato revolucionario a nuevos actores sociales, antes excluidos. La historia tradicional, en parte heredera de las interpretaciones realizadas por hombres como Bartolomé Mitre

y Domingo Faustino Sarmiento, entendía a la Revolución como una “revolución sin pueblo” y, al mismo tiempo, y quizás por ello, como una “revolución de individualidades”. Según esta perspectiva desde arriba, la Revolución era entendida como una revolución eminentemente política, dejando así de lado los numerosos conflictos sociales que prácticamente fueron ignorados hasta tiempos recientes.

Esto no quiere decir que la Revolución de Mayo no tuviera un importante componente político. Al contrario, esta dimensión estuvo presente no sólo en la modificación de los lazos de subordinación política que nos unían a la Corona española, sino, además, en el proceso dio lugar a una mutación de la cultura política de la época que abarcó transformaciones en las instituciones, las prácticas y las formas de sociabilidad existentes y que incorporó a la opinión pública como nuevo principio legitimador del poder. Tener en cuenta este aspecto de la Revolución nos permite acercarnos a los actores que la protagonizaron, encontrar sus motivaciones y expectativas, estudiar sus imaginarios y la configuración de sus culturas políticas y sus alineamientos muchas veces cambiantes y en apariencia contradictorios.

Más allá de esta dimensión política de la Revolución, la incorporación de nuevos actores sociales al estudio del proceso revolucionario permite superar la visión tradicional de la existencia de una elite criolla con un proyecto político preexistente. Estos sectores sociales han recibido nombres vagos como “el pueblo”, “los pueblos”, “la multitud”, “las masas” o “los ejércitos”. Detrás de estas categorías encontramos sectores populares tanto urbanos como rurales. Y fueron ellos justamente los más subversivos del orden establecido y los más comprometidos con el proceso transformador. Ellos, armados, conformarían los ejércitos que expandieron y defendieron el ideal revolucionario. Pero al mismo tiempo conformaron otras micro-revoluciones étnicas. En este sentido, es posible pensar que otras revoluciones fueron posibles porque ellas también tuvieron, al igual que la criolla, un contenido anticolonial.

No debemos olvidar que, al hacer referencia a los sectores populares de la época, debemos considerar como parte de ellos a los esclavos, que aún en su condición, se levantaron y se comprometieron con la Revolución. En su forma de hacer política, hubo sublevaciones, motines y deserciones colectivas. **Esto nos permite pensar que existió una visión “sui generis” de la revolución.** Tampoco hay que dejar de lado a las comunidades indígenas que formaron parte de las milicias armadas. Su revolución fue también una autodefensa local. La participación de estos sectores desplaza el antagonismo típico entre patricios y europeos.

La Revolución de Mayo fue un proceso complejo que no podemos reducir a una fecha ni a un objetivo ni tampoco a un grupo social específicos. Reflexionar sobre este episodio de la historia de nuestro país implica necesariamente, también, hablar de otras revoluciones, paralelas a la “nuestra”, que contribuyeron a su manera –y, en gran medida, sin proponérselo– al extenso proceso revolucionario que cada 25 de mayo conmemoramos.